

Lingüística y antropología

I

La arqueología y los testimonios escritos antiguos sin duda son la mejor fuente de información para conocer el pretérito del hombre. No obstante, estos elementos de juicio tienen sus restricciones: de una parte, en el Noroeste hispánico el conocimiento arqueológico pierde fuerza decisoria más de una vez ante un suelo «ácidoso» y ante un clima demasiado húmedo, que devora con avidez los huesos humanos y hasta el hierro y el bronce. De otra, la escasez de fuentes clásicas no completa a menudo la investigación del pasado antropológico.

Ante estos defectos arqueológicos y ante la insuficiencia documental de los escritos clásicos, la lingüística de un tiempo acá viene considerándose como una nueva herramienta de trabajo con la que se trata de coadyuvar a descubrir los orígenes del hombre. En efecto, las raíces y los sufijos de las palabras ayudan en parte a descubrir las raíces y las huellas del pasado humano: interpretar y leer la esfinge toponímica e hidronímica prerromana es tanto como arrancar un secreto a la lingüística y, por ende, a la historia del hombre.

Con esta nueva herramienta de trabajo se colige que, para descifrar la esfinge toponímica e hidronímica indoeuropea, no sólo las viejas lenguas indoeuropeas son la mejor fuente de información, sino que también algunas de estas mismas lenguas en su *status* moderno son luz y sendero para interpretar algunas etimologías. Respecto a las lenguas celtas modernas